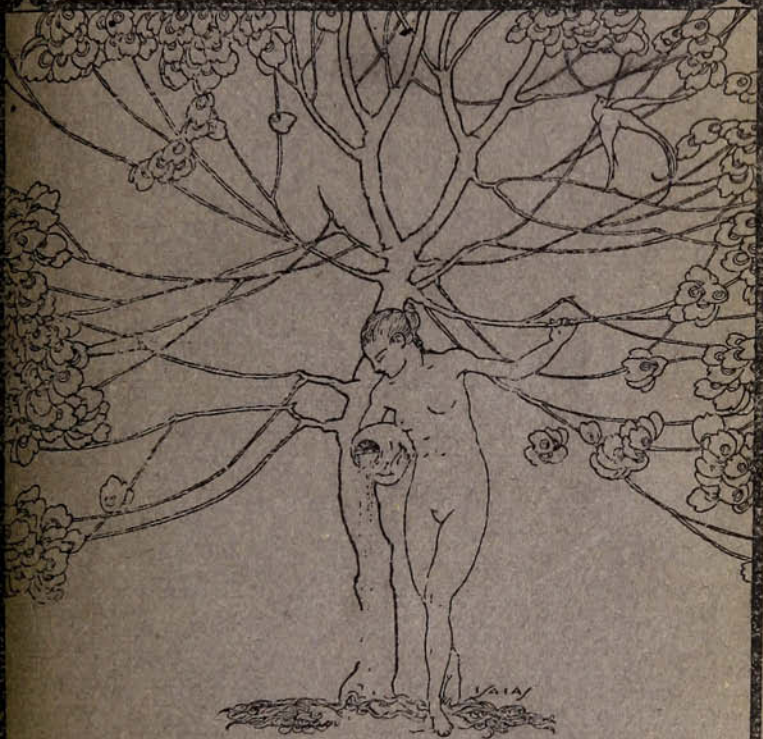


JUVENTUD



LAS DOS CARÁTULAS

EL TERROR BLANCO y el "NUEVO REGIMEN"

"EL GOBIERNO DEL AMOR"

SAN GREGORIO

SANTIAGO DE CHILE, ENERO, FEBRERO, MARZO DE 1921

SUMARIO. — NUESTRA PALABRA DE AYER. — HOY. — DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE. — MANIFIESTO DEL PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE, por *Alfredo Demaría*. — COMIENZA LA FARSA, por *Juan Gandulfo*. — EL DÍA DEL ASALTO, por *R. Meza Fuentes*. — CONTINÚA EL EPISODIO, por *Rigoberto Soto Rengifo*. — EL SABLEO EN LA ALAMEDA, por *Fernando G. Oldini*. — EL CRIMEN DE MAGALLANES, por *Guillermo M. Bañados*. — PALABRAS SERENAS, por *Juan Enrique Lagarrigue*. — ASTORQUIZA, PERSEGUIDOR DE PERUANOS, ES PERUANO. — ESCRITOS PRESENTADOS, por *Pedro Gandulfo Guerra*, *Rigoberto Soto Rengifo*, *José Astorquiza Libano* y *Ascencio Astorquiza*. — UN DICTAMEN DEL PROMOTOR FISCAL, por *Julio Plaza Ferrand*. — SOBRE EL INFORME DEL FISCAL, por *Julio Valiente*. — UNA CARTA DE CÉSAR FUENZALIDA. — ELEGÍA, por *Berta Quezada*. — HACIENDO LUZ, por *Guillermo M. Bañados*. — AL MARGEN DE LOS HECHOS, por *Rudecindo Ortega*. — EL CASO DE LUIS A. SOZA. — UNA PROFECÍA LÍRICA, por *Fernando G. Oldini*. — PEDRO LEÓN UGALDE ANTE LOS RESTOS DE DOMINGO GÓMEZ ROJAS. — UN MANIFIESTO DEL GRUPO UNIVERSITARIO INSURREXIT. — LA DEFENSA DE SANTIAGO LABARCA. — HOMENAJES: a la Prensa de Chile; al *Zig-Zag*; al *Diario Ilustrado*; al Ministro Astorquiza y al Alcaide Ascuí; a los oficiales de ejército que dirigieron el saqueo de la Federación de Estudiantes. — Autógrafo y fragmentos de un poema de GÓMEZ ROJAS. — JUVENTUD A UNAMUNO. — Resumen y Documentación. — No hemos terminado

El saqueo en la Alameda

(El 27 de Julio celebraron, obreros y estudiantes, un mitin de protesta por el saqueo y destrucción de sus locales, que fué disuelto en la forma que describe el compañero Oldini. El mismo día fué incendiado en Punta Arenas el local de la Federación Obrera).

Son las dos de la tarde. Atravieso la Alameda hacia la calle Ahumada. Piquetes de carabineros galopan por el centro del paseo, espantando a los transeuntes. Me detengo unos segundos a contemplar el espectáculo grotesco de las gentes en fuga, y continúo... Un presentimiento de tragedia comienza a aletear en mi cerebro.

En la Federación, César Fuenzalida y R. Ortega (1) discuten los últimos detalles del **meeting** y designan los oradores.

Un grupo de obreros entra precipitadamente, y en frases cortas y bruscas nos entera de que no se nos permitirá llevar a cabo el comicio, y que los carabineros están dispersando las columnas de manifestantes a medida que llegan.

De un salto estamos en la Alameda. Preguntamos por el jefe de las fuerzas. Nos señalan a un viejo ofi-

(1) Durante los "días negros" la Federación estuvo dirigida por un triunvirato compuesto por César Fuenzalida, Rudecindo Ortega y Fernando G. Oldini.

cial que se pasea a pie frente a un pelotón montado. Don Pedro L. Loyola, con un respeto que me parece excesivo, se dirige a él preguntándole si es efectivo que haya órdenes de impedir el comicio. El oficial, (Comandante García Vidaurre), nos mira hoscamente, y contesta con gritos imperiosos y descorteses. Loyola, con su suavidad característica, quiere explicar el alcance de sus palabras; pero el violento militar, que se siente emperador de la situación, levanta más el grito, hace callar secamente a Loyola, y nos despide sin que hayamos conseguido sacar nada en limpio.

Volvemos a la Federación. Mi presentimiento se ha convertido en convicción: nos sablearán. Pocos momentos después torno a la Alameda. Los carabineros continúan sus galopes y maniobras. La violencia palpita en la atmósfera. No hay salvación posible. En la Federación Loyola predica cordura y calma. Se dijera un apóstol anacrónico en misión de fraternidad. Frente al Club destruído los estudiantes organizan sus filas. Unas muchachas entusiastas quieren formar también, pero nosotros, que sentimos la inminencia del fuego y de la sangre, nos oponemos. Pido a una de ellas que me guarde el abrigo, pues en la confusión de las cargas puede estorbarme. Salimos...

En la Alameda los atropellos de los carabineros dan sus frutos: un grupo de exaltados apedrean un carro. J. Neut, Loyola y otros corren, y con dos frases los calman.

Empieza el meeting. Columnas y columnas de adherentes arriban por todos lados. El Comité Directivo toma colocación al pie de la estatua de O'Higgins. Flamean estandartes y banderas. Músicas exaltadoras estremecen los nervios. Los oradores suceden a los oradores. Obreros y estudiantes hablan de ecuanimidad, de justicia. Se pone especial interés en gritar que, **pues tenemos la fuerza del derecho, no necesitamos apelar al derecho de la fuerza...**

¡La Marsellesa!... Cinco mil voces lanzan extre-

mecidas la crepitante melodía del himno redentor... Después otro orador, y otro...

De improviso, un tiro. La espontaneidad de unas cuantas careajadas (1) ha bastado para hacer perder la cabeza al teniente Bianchi; y ha bastado para impelerlo a descerrajar su pistola contra los manifestantes. A los tiros responden los clarines tocando: "a la carga"...

La primera embestida sólo consigue arrastrar los extremos de la multitud. Alzamos las manos, gritamos, tratando de llamar a la calma... Inútil. Una segunda carga introduce el pánico. Los hombres se atropellan, las mujeres chillan, la masa humana va pesadamente de acá para allá empujada por la caballería. Las mujeres se enredan en los vestidos, los hombres pasan sobre ellas, se entreveran y caen; detrás vienen los carabineros lanza en ristre, y la policía con los sables desenvainados; los oficiales continúan disparando sus pistolas, los clarines tocando: "a la carga"...

En la base del monumento al héroe de Rancagua, cincuenta hombres más o menos nos mantenemos unidos aún. La tropa se dá cuenta, y carga... Alejandro Reyes se sube al pedestal, y magníficamente, heroicamente sereno, alza las manos en un gesto de paz:

"¡Compañeros!..." —alcanza a decir.

Una bala rebota a su lado en la piedra del monumento. Carabineros y guardianes están sobre nosotros y dispersan a caballazos, lanzadas y sablazos al último grupo de los que creían en **la fuerza del derecho**.

Mis sentidos, aguzados por el peligro, me indican un claro entre dos caballos y por él escape del cerco. Instantáneamente comprendo que la zaña de las tropas se dirige contra los grupos. Los evito; y aislado, al pie mismo de la estatua, me convierto en espectador de la

(1) Un carro manejado por guardianes atropelló a un carabiniero, lo que motivó la histeria de la gente y el ofuscamiento del teniente.

persecución que prosigue. Mis potencias, dotadas por la tensión nerviosa de una extraordinaria facultad de visión y de análisis, se multiplican.

A pocos pasos un guardián sostiene a Loyola, que sangra. Un oficial de policía, colorado y barrigudo, se acerca furioso, y ¡perdón! no puedo repetir lo que dijo). Consecuencia: Loyola, el hombre-serenidad, va preso por... pronunciar discursos revolucionarios (1).

Los clarines continúan sus fanfarrias guerreras. Los carabineros, no contentos con haber disuelto el comicio, cargan ahora sobre los pequeños grupos, estrellándolos contra las paredes. En esta forma llegan hasta la puerta y los balcones de la casa de don Arturo Alessandri. Cerca de mí pasa uno persiguiendo a una joven obrera con la ciega ferocidad de un perro de presa.

Clavado en mi sitio pienso: ¿qué hubiera pasado si estas cinco mil personas, en lugar de creer en la fuerza del derecho se hacen acompañar de cinco mil pistolas?...

Aquí y allá, pelotones de carabineros llevando hasta el extremo su obra, disuelven a caballazos todas las reuniones de transeuntes.

Los clarines siguen llenando de sonos épicos el aire de la tarde. No obstantne todo ha terminado. El Jefe de Carabineros puede sonreír pensando en el deber cumplido, y comunicar a la Moneda: "¡Se ha salvado la Patria!".

FERNANDO G. OLDINI.

(1) Loyola no había pronunciado ningún discurso revolucionario, ni no revolucionario.

